



LECTIO DIVINA

Feria de Navidad
Del 05 al 11 de enero de 2020



Oración introductoria

Ante la llegada de la navidad, quiero ponerme en tu presencia para poder contemplar profundamente este gran misterio. Dame la gracia de ver lo que quieres que vea, escuchar lo que quieras que escuche y entender lo que Tú quieras que escuche.

Petición

Jesús, en este día no quiero pedirte nada, más bien, quiero darte las gracias por tu amor. Todo lo que soy y todo lo que tengo es un don tuyo. Toma, Señor, mi oración como una muestra pequeña de agradecimiento por tu infinita bondad.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo. 24,1-2.8-12)

La sabiduría hace su propia alabanza, encuentra su honor en Dios y se gloria en medio de su pueblo. En la asamblea del Altísimo abre su boca y se gloria ante el Poderoso. «El Creador del universo me dio una orden, el que me había creado estableció mi morada y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, y fija tu heredad en Israel”. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y nunca más dejaré de existir. Ejercí mi ministerio en la Tienda santa delante de él, y así me establecí en Sión. En la ciudad amada encontré descanso, y en Jerusalén reside mi poder. Arraigué en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad».

Salmo (Sal 147,12-13.14-15.19-20)

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 1,3-6.15-18)

Bendito sea el Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo, antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. Por eso, habiendo oído hablar de vuestra fe en Cristo y de vuestro amor a todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 1,1-18)

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz

verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos ha llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Releemos el evangelio

San Clemente de Alejandría (150-c. 215)

teólogo

Homilía «¿Cuál es el rico que puede ser salvado?», 37

***«A cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios,
si creen en su nombre»***

Contempla los misterios del amor y verás «el seno del Padre» que sólo «el Hijo único nos lo ha contado» (*Jn 1,18*). Dios mismo es amor (*1Jn 4,8*) y por eso mismo se ha dejado ver por nosotros. En su ser indecible, es Padre; en su compasión para con nosotros, es Madre. Es amando que el Padre se nos presenta también femenino. La prueba más asombrosa es Aquél que él engendra de sí mismo.

Y este Hijo, fruto del amor, es amor. Es por causa de ese mismo amor que él mismo descendió. Por causa de este amor ha revestido

nuestra humanidad. Por causa de este amor, libremente, sufrió todo lo que libera la condición humana. Así, haciéndose según la medida de nuestra debilidad, a nosotros, a los que amaba, nos ha dado, a cambio, la medida de su fuerza. Hasta el punto de ofrecerse a sí mismo como sacrificio y dándose él mismo como precio de nuestra redención, nos dejó un testamento nuevo: «Os doy mi amor» (cf Jn 13,24; 14,27).

¿Cuál es este amor? ¿Qué valor tiene? Por cada uno de nosotros «ha entregado su vida» (1Jn 3,16), una vida más preciosa que el universo entero.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En Navidad, estamos llamados a decir “sí”, con nuestra fe, no al Dominador del universo, ni siquiera a la más noble de las ideas, sino precisamente a este Dios que es el humilde-amante.[...] “Dios ha hecho el esfuerzo de anonadarse, de sumergirse dentro de nosotros, para que cada uno, repito, cada uno, pueda hablarle de tú, tener confianza, acercarse a él, saberse recordado por él, amado por él... amado por él: mirad que esta es una palabra muy grande. Si entendéis esto, si recordáis esto que os estoy diciendo, habréis entendido todo el cristianismo” .» (Homilía de S.S. Francisco, 22 de diciembre de 2016).

Meditación

La Palabra la podemos relacionar con la fuerza creadora de todas las cosas. A la Palabra, en el inicio de los tiempos y por siempre, se le ha conocido como perfecta, omnipresente, omnisapiente... Pero hoy vemos que esta majestuosa Palabra se ha transformado y encarnado en un suave llanto por un misterio de amor. Ha tomado un cuerpo indefenso y, al mismo tiempo, se ha abandonado en manos sencillas, humildes y amorosas.

Estamos ante una escena que cambió la historia, pero no cualquier historia, sino mi historia, porque Dios ha entrado en la vida de cada uno de los hombres que le supieron abrir las puertas.

Hoy ha nacido el salvador, el rey, el creador, o más bien, hoy ha nacido mi salvador, mi rey y mi creador, y más aún, hoy ha nacido mi hermano, mi amigo, mi Dios... produciendo en mi interior palabras de gozo, gritos de júbilo. Se han sobresaltado mis oídos. Los ojos, como tras una larga noche, se han maravillado ante la luz de este día. Y mi corazón, tras cansarse de la espera, ha dado un profundo suspiro al contemplar este inesperado suceso.

Es navidad después de tanta espera. Dios ha dado a conocer a su hijo único, me lo ha donado sin exigir nada a cambio ¿Qué es lo que me pide a cambio? ¿Estoy dispuesta a darlo?...

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

En la búsqueda de Dios.

Oración introductoria

Jesús, hoy que celebramos tu epifanía, vengo a esta oración como aquellos magos de Oriente, deseoso de adorarte. Ayúdame a encontrarte, como ellos lo hicieron, en los brazos de María.

Petición

Señor, dame la fuerza de voluntad para no quedarme cómodamente contemplando las estrellas sino que salga presuroso, como los reyes, a buscarte y llevarte a mis hermanos.

Lectura del libro de Isaías (Is. 60,1-6)

¡Levántate y resplandece, Jerusalén, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora. Levanta la vista en torno, mira: todos éstos se han reunido, vienen hacia ti; llegan tus hijos desde lejos, a tus hijas las traen en brazos. Entonces lo verás, y estarás radiante; tu corazón se asombrará, se ensanchará, porque la opulencia del mar se vuelca sobre ti, y a ti llegan las riquezas de los pueblos. Te cubrirá una multitud de camellos, dromedarios de Madián y de Efá. Todos los de Saba llegan trayendo oro e incienso, y proclaman las alabanzas del Señor.

Salmo (Sal 71)

Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 3,2-3a.5-6)

Hermanos: Habéis oído hablar de la distribución de la gracia de Dios que se me ha dado en favor de vosotros, los gentiles. Ya que se me dio a conocer por revelación el misterio, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, como ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo, y partícipes de la misma promesa en Jesucristo, por el Evangelio.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 2,1-12)

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo». Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó y toda Jerusalén con él; convocó a los sumos sacerdotes y a los escribas del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: «En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las poblaciones de Judá, pues de ti saldrá un jefe que pastoreará a mi pueblo Israel”». Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella, y los mandó a Belén, diciéndoles: «Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo». Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino y, de pronto, la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que

vino a pararse encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se retiraron a su tierra por otro camino.

Releemos el evangelio

Santa Gertrudis de Helfta (1256-1301)

monja benedictina

El Herald del amor divino, IV (Œuvres spirituelles, Paris, Cerf, 1978)

«Le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra» (Mt 2,11)

En la fiesta solemne de la Epifanía, siguiendo el modelo de las ofrendas de los reyes, Gertrudis ofreció a Dios, como si fuera mirra, el cuerpo de Cristo con todo su sufrimiento y pasión. De este modo, por la gloria de Dios, ella quería borrar los pecados de los hombres, desde Adán hasta el último de ellos. En lugar del incienso, ella ofreció el alma de Cristo, plena de devoción y con todos los actos de su vida espiritual, para suplir las negligencias de todo el universo. Lo mismo, en vez del oro, ofreció la perfectísima divinidad de Cristo, con las delicias que posee, para reemplazar las deficiencias de todas las criaturas.

El Señor Jesús se le apareció entonces, presentando esta ofrenda como un regalo precioso a la siempre adorable Trinidad. Mientras se la veía como atravesando el cielo, toda la corte celeste parecía arrodillarse llena de respeto por esta ofrenda. (...) Recordó en ese momento que ciertas personas, con sentimientos de humildad, le habían pedido ofrecer a Dios en su lugar, en memoria de los dones de los Magos, pequeñas oraciones que habían dirigido al Señor antes de la fiesta. Como ella lo realizaba con toda la devoción posible, el Señor

Jesús se le apareció de nuevo llevando a través de todo el cielo esta segunda ofrenda, para presentarla a Dios Padre.

Toda la armada celeste corría delante de él y celebraba con alabanzas a esta ofrenda, como si se tratara de magníficos regalos. Esto le hizo comprender que si alguien ofrece a Dios oraciones u otros esfuerzos, todo el concejo celeste elogia ese don, como un presente agradable a Dios. Si, descontento de lo que aporta, agrega a sus propias obras aquellas más perfectas del Hijo de Dios, los santos declaran por esta ofrenda (...) tal reverencia, que nada podría pretender tan alta dignidad, excepto quien está más allá de todo: la única y adorable Trinidad.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y podríamos preguntarnos todavía, ¿por qué, de entre los que miraban al cielo, muchos no siguieron esa estrella, “su estrella”? Quizás porque no era una estrella llamativa, que brillaba más que otras. El Evangelio dice que era una estrella que los Magos vieron “salir”. La estrella de Jesús no ciega, no aturde, sino que invita suavemente. Podemos preguntarnos qué estrella seguimos en la vida. Hay estrellas deslumbrantes, que despiertan emociones fuertes, pero que no orientan en el camino.

Esto es lo que sucede con el éxito, el dinero, la carrera, los honores, los placeres buscados como finalidad en la vida. Son meteoritos: brillan un momento, pero pronto se estrellan y su brillo se desvanece. Son estrellas fugaces que, en vez de orientar, despistan. En cambio, la estrella del Señor no siempre es deslumbrante, pero está siempre presente; es mansa; te lleva de la mano en la vida, te acompaña. No promete recompensas materiales, pero garantiza la paz y da, como a los Magos, una “inmensa alegría”. Nos pide, sin embargo, que caminemos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 6 de enero de 2018).*

Meditación

Búsqueda y adoración. Éstas son dos acciones que podemos aprender de los Magos de Oriente.

Búsqueda de aquello que necesitan, que desean, que aman. Adoración, como la actitud de encuentro ante aquello que buscaban. La narración de los Magos no solamente nos cuenta una historia, sino que nos ofrece un estilo de vida.

Un estilo de vida con actitud de búsqueda, búsqueda de Dios. Una búsqueda que se concretiza en lo más ordinario de la vida. Desde que me levanto hasta que me acuesto. Vivir con los ojos abiertos, atentos a percibir las maravillas de Dios en la vida.

Esta búsqueda se caracteriza por ir acompañada de la fe, es decir, de creer verdaderamente en aquello que se busca. Es como buscar una moneda que apenas has perdido; no la buscas con la duda de si está o no está, hay una certeza, simplemente hay que saber buscar.

Al final, cuando se encuentra lo que se busca nace una actitud de adoración. Es decir, una actitud de agradecimiento y de amor que tiene diversas manifestaciones. Dar un regalo, cantar, contemplar... En fin, el encuentro con Dios que se hizo carne, es causa de una y mil manifestaciones de amor.

Buscar y adorar como estilo de vida, es una buena enseñanza. Buscar al Dios que se ha querido manifestar, que nos ha buscado primero, que ha salido a nuestro encuentro. Adorar, como consecuencia que nace del darnos cuenta que no ha habido nadie que haya tenido por nosotros –es decir, por ti– un acto más grande de amor.

Oración final

Sí, ¡Amén! Te lo decimos ¡oh, Padre! con todo el corazón sintonizados con el corazón de tu Hijo y de la Virgen María. Te lo decimos con toda la Iglesia y por todo el género humano. Haz que, reunidos en el amor, después del “sí” en la hora de la cruz podamos con voz unánime, en potente coro, en silencioso esplendor, cantarlo eternamente en el santuario del cielo. ¡Amén! ¡Aleluya!

(Ana María Canopi)

MARTES, 07 DE ENERO DE 2020

El Evangelio puede cambiar tu vida.

Oración introductoria

Señor, hazme ser consciente de que Tú fuiste fiel a tu misión de proclamar la buena nueva del Reino. Quiero seguir tu camino y abrirte mi corazón. Que todos mis pasos en esta tierra me conduzcan a tu Reino, por tu inmensa misericordia.

Petición

Concédeme Jesús ser un apóstol esforzado y fiel de tu Reino.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1 Jn. 3,22-4,6)

Cuanto pedimos lo recibimos de Dios, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos

permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio. Queridos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo. Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

Salmo (Sal 2,7-8.10-12ª)

Te daré en herencia las naciones.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt.4,12-17.23-25)

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: «País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.» Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.» Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo. Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos. Y él los curaba. Y le

seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Trasmoriana.

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilías sobre I Cor, 24,4; PG 61, 204-205*

***“Tomó luego pan, y, después de la acción de gracias,
lo partió y se lo dio diciendo:
Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros.” (Lc 22,19)***

Cristo, para atraernos hacia sí, para que le amáramos más y más, se nos ha dado como alimento. ¡Vayamos, pues, a él, con todo amor y fervor!... Los magos adoraron a este cuerpo cuando descansaba en un pesebre... Ellos, al ver a Cristo, niño en un pesebre bajo un pobre techo, aun no viendo nada de lo que veis vosotros, se acercaron con un gran respeto. Vosotros ya no le veis en un pesebre sino sobre el altar. Ya no veis a una mujer llevándolo en brazos sino a un sacerdote que lo ofrece, y el Espíritu de Dios, con toda su generosidad, el Espíritu Santo aleteando sobre las ofrendas.

No sólo veis al mismo cuerpo que veían los magos sino, además, conocéis su poder y su sabiduría y no ignoráis nada de lo que realizó... Despertémonos, pues, y despertemos en nosotros el temor de Dios. Mostremos más devoción que estos extranjeros y no avancemos hacia el altar de cualquier manera... Esta mesa reconforta nuestras almas, recoge nuestros pensamientos, sostiene nuestras seguridades, es nuestra esperanza, nuestra salvación, nuestra luz, nuestra vida.

Si salimos de este mundo después de este sacrificio, entraremos con seguridad en las regiones sagradas como si fuéramos protegidos por todas partes por una armadura de oro. ¿Pero, por qué hablar de

futuro? Ya en este mundo, el sacramento transforma la tierra en cielo. ¡Abrid, pues, las puertas del cielo y veréis lo que quiero decir! Lo más precioso en el cielo, os lo mostraré en la tierra. Lo que os mostraré no son los ángeles, ni los arcángeles, ni los cielos de los cielos sino a aquel que es vuestro maestro. Así veréis, de alguna manera, en la tierra lo que hay de más precioso en el cielo. Y no sólo lo veréis, sino lo tocaréis, lo comeréis. ¡Purificad vuestra alma, preparad vuestro espíritu a recibir estos misterios!

Palabras del Santo Padre Francisco

¡Acuérdense siempre que el Evangelio tiene la fuerza de cambiar la vida! No se olviden de esto. Él es la Buena Nueva, que nos transforma sólo cuando nos dejamos transformar por ella. Por eso os pido siempre que tengan un contacto cotidiano con el Evangelio, que lean cada día un fragmento, un pasaje, que lo mediten y también que lo lleven con ustedes a todas partes: en el bolsillo, en el bolso... Es decir, que se alimenten cada día de esta fuente inagotable de salvación. ¡No se les olvide! Leer un pasaje del Evangelio cada día. Es la fuerza que nos cambia, que nos transforma: cambia la vida, cambia el corazón.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 1 de febrero de 2015*).

Meditación

«El Evangelio es palabra de vida: no oprime a las personas, al contrario, libera a cuantos son esclavos de tantos espíritus malvados de este mundo: tanto el espíritu de la vanidad, el apego al dinero, el orgullo, la sensualidad... El Evangelio cambia el corazón, cambia la vida, transforma las inclinaciones al mal en propósitos de bien. ¡El Evangelio es capaz de cambiar a las personas! Por tanto, es deber de los cristianos difundir por doquier su fuerza redentora, llegando a ser misioneros y heraldos de la Palabra de Dios.

Nos lo sugiere también el mismo pasaje de hoy que concluye con una apertura misionera y dice así: «Su fama -la fama de Jesús- se extendió inmediatamente por todas partes, en los alrededores de Galilea». La nueva doctrina que Jesús enseña con autoridad es la que la Iglesia lleva al mundo, junto con los signos eficaces de su presencia: la enseñanza competente y la acción liberadora del Hijo de Dios se transforman en las palabras de salvación y los gestos de amor de la Iglesia misionera.

Oración final

Haré público el decreto de Yahvé:
Él me ha dicho: «Tú eres mi hijo,
hoy te he engendrado. *(Sal 2,7)*

MIÉRCOLES, 08 DE ENERO DE 2020

Jesús se manifiesta como profeta

Oración introductoria

Gracias, Señor, por tu compasión, por tu misericordia y por este tiempo de oración. Ayúdame a aprovecharlo bien. Incrementa mi fe para que pueda descubrirte en lo ordinario de este día. Aumenta mi esperanza para que pueda confiar en Ti siempre. Ensancha mi amor para serte fiel en los detalles más pequeños de mi vida.

Petición

Oh Jesús, no permitas nunca que me separe de ti.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn.4,7-10)

Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación para nuestros pecados.

Salmo (Sal 71,1-2.3-4ab.7-8)

Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 6,34-44)

En aquel tiempo, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma. Cuando se hizo tarde se acercaron sus discípulos a decirle: «Estamos en despoblado, y ya es muy tarde. Despídelos, que vayan a los cortijos y aldeas de alrededor y se compren de comer.» Él les replicó: «Dadles vosotros de comer.» Ellos le preguntaron: «¿Vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?» Él les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver.» Cuando lo averiguaron le dijeron: «Cinco, y dos peces.» Él les mandó que hicieran recostarse a la gente sobre la hierba en grupos. Ellos se acomodaron por grupos de ciento y de cincuenta. Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran. Y repartió entre todos los dos peces. Comieron todos y se saciaron, y recogieron las sobras: doce cestos de pan y de peces. Los que comieron eran cinco mil hombres.

Releemos el evangelio

San Hipólito

Sermón en la Santa Teofanía 2.6-8.

El agua y el Espíritu

Jesús fue a donde Juan y recibió de él el bautismo. Cosa realmente admirable. La corriente inextinguible que alegra la ciudad de Dios es lavada con un poco de agua. La fuente inalcanzable, que hace germinar la vida para todos los hombres y que nunca se agota, se sumerge en unas aguas pequeñas y temporales.

Y el que desciende con fe a este baño de regeneración renuncia al diablo y se entrega a Cristo, reniega del enemigo y confiesa que Cristo es Dios, se libra de la esclavitud y se reviste de la adopción, y vuelve del bautismo tan espléndido como el sol, fulgurante de rayos de justicia; y, lo que es el máximo don, se convierte en hijo de Dios y coheredero de Cristo.

A él la gloria y el poder, junto con el Espíritu Santo, bueno y vivificante, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Los discípulos razonan en términos de “mercado”, pero Jesús, a la lógica de comprar la sustituye con la del dar. Las dos lógicas, la del comprar y la del dar. Y así, Andrés, otro de los apóstoles, hermano de Simón Pedro, presenta a un joven que pone a disposición todo lo que tiene: cinco panes y dos peces; pero seguro -dice Andrés- no son nada para esa multitud. Pero Jesús esperaba precisamente esto. Ordena a los discípulos que hagan sentarse a la gente, después tomó esos panes y esos peces, dio gracias al Padre y los distribuyó.» (*Angelus de S.S. Francisco, 26 de julio de 2015*).

Meditación

El Evangelio nos presenta a Jesús como el Pan de vida. Cristo es el Amigo que se da a sí mismo y que se entrega por todos. Sólo su amor omnipotente podía encontrar un modo tan sencillo de quedarse entre nosotros, para estar a nuestro alcance y alimentarnos con su gracia. ¡Cuánta admiración a despertar en nosotros el misterio eucarístico! Se trata de un don gratuito e inmerecido.

El contacto asiduo con Él en este sacramento es la gran escuela para experimentar su amor. Es ahí donde los cristianos aprendemos cuánto nos ama Dios y cómo desea Él ser amado por cada uno de nosotros. Veneremos con fervor a Cristo Eucaristía. Mostrémosle nuestro respeto y amor. Nunca permitamos que con nuestras palabras, silencios o gestos, le robemos la honra que se merece. Visitémoslo con frecuencia. En esos momentos de rodillas junto a la Eucaristía, Él nos irá transformando e irá acrecentando nuestras virtudes para asemejarnos a Él.

En este sacramento encontraremos todo lo que necesitamos: consuelo, luz y fortaleza para nuestros dolores, inquietudes o sufrimientos.

Oración final

Florecerá en sus días la justicia,
prosperidad hasta que no haya luna;
dominará de mar a mar,
desde el Río al confín de la tierra. *(Sal 72,7-8)*

Oración introductoria

Señor, al inicio de esta oración quiero ponerme en tu presencia, con mi mente embotada, mi ceguera y mi culpable indolencia, por las que te pido perdón. Sé que Tú me ves, me escuchas, me conoces y quieres, por tu inmensa misericordia, inspirarme el bien que hoy puedo hacer. Estoy dispuesto a escucharte.

Petición

Señor, no dejes nunca que desconfíe de ti. Sé tú mi fortaleza y mi gran seguridad.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn. 4, 11 - 18)

Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amarnos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él. En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto

expulsa el temor, porque el temor mira el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor.

Salmo (Sal 71,1-2.10-11.12-13)

Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Lectura del santo evangelio según San Marcos (Mc. 6,45-52)

Después que se saciaron los cinco mil hombres, Jesús en seguida apremió a los discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran hacia la orilla de Betsaida, mientras él despedía a la gente. Y después de despedirse de ellos, se retiró al monte a orar. Llegada la noche, la barca estaba en mitad del lago, y Jesús, solo, en tierra. Viendo el trabajo con que remaban, porque tenían viento contrario, a eso de la madrugada, va hacia ellos andando sobre el lago, e hizo ademán de pasar de largo. Ellos, viéndolo andar sobre el lago, pensaron que era un fantasma y dieron un grito, porque al verlo se habían sobresaltado. Pero él les dirige en seguida la palabra y les dice: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo.» Entró en la barca con ellos, y amainó el viento. Ellos estaban en el colmo del estupor, pues no habían comprendido lo de los panes, porque eran torpes para entender.

Releemos el evangelio

San Francisco de Sales (1567-1622)

obispo de Ginebra y doctor de la Iglesia

Cartas ("François de Sales, docteur de la confiance et de la paix", H. Lemaire, Beauchesne, 1963)

"¡Confianza! Soy yo"

Todas las naves tienen una brújula con una aguja marina, que gracias a un imán mira siempre hacia la estrella polar. Mismo si el

barco va hacia el sur, la aguja de la brújula no deja de mirar a su norte. Lo mismo (...), la fina punta del espíritu mira a su Dios, que es su norte. (...) Ustedes van a tomar el alta mar del mundo.

No cambien por eso de brújula, ni de mástil, ni de vela, ni de ancla, ni de viento. Tengan siempre a Jesucristo por brújula y a su cruz por árbol, sobre la que extienden sus resoluciones como si fueran velas. Que su ancla sea una profunda confianza en Él y sepan acudir a la hora prevista. ¡Que para siempre el viento propicio de las inspiraciones celestes pueda inflar, más y más, las velas de su embarcación y los haga llegar felizmente al puerto de la santa eternidad! (...) Todo lo que esté perturbado, se puede revertir, no sólo alrededor nuestro sino en nosotros.

Es decir, que no importa que nuestra alma esté triste o alegre, sienta suavidad o amargura, esté en paz o turbada, iluminada o en tiniebla, en tentación o reposo, en gusto o disgusto, con sequedad o con ternura, que el sol la queme o el rocío la refresque. Siempre la punta de nuestro corazón, de nuestro espíritu, de nuestra voluntad superior -que es nuestra brújula- deben mirar sin cesar y tender perpetuamente hacia el amor de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

El corazón, cuando se endurece, no es libre y si no es libre es porque no ama: así terminaba el apóstol Juan en la primera lectura. El perfecto amor echa fuera el temor: en el amor no hay temor, porque el temor supone un castigo, y el que teme no es perfecto en el amor. No es libre. Siempre tiene el temor de que suceda algo doloroso, triste, que me haga ir mal en la vida o arriesgar la salvación eterna... Pero tantas imaginaciones, porque no ama. Quien no ama no es libre. Y sus corazones se endurecieron, porque todavía no habían aprendido a amar. *(Cf Homilía de S.S. Francisco, 9 de enero de 2015, en Santa Marta).*

Meditación

Los apóstoles al ver a Jesús andar sobre el agua, creían que era un fantasma. Pero no, Cristo no es un fantasma, ni siquiera una idea. Nuestra fe es mucho más. Es el encuentro profundo y real con el amor de una persona. Por eso no se puede ser cristiano sin experimentar la presencia de Jesús vivo.

Por otra parte, en este pasaje evangélico Jesús invita a sus discípulos a temerle, pero no a tenerle miedo. El santo temor nos hace sabernos pequeños ante Dios, nos impulsa a buscar en todo agradarle y a abandonarnos en Él. El santo temor lleva a la unión con Dios. El miedo fomenta la desconfianza, nos aleja y separa de su gracia.

Quien tiene a Dios vive tranquilo, experimenta la seguridad del niño en brazos de su madre, pues sabe que está en las manos de Dios, y que frente a Cristo, que nos ha amado hasta morir en la cruz por nuestra salvación, todo se vuelve relativo. Fe en Dios, esperanza, confianza, valentía..., son las lecciones que debemos sacar para nuestra vida.

Oración final

El Señor se apiadará del débil y del pobre,
salvará la vida de los pobres.

La rescatará de la opresión y la violencia,
considerará su sangre valiosa. *(Sal 72,13-14)*

VIERNES, 10 DE ENERO DE 2020
Hoy se cumplió

Oración introductoria

Padre Santo, tú enviaste a tu Hijo para redimirme y unirme a ti. Tú y tu amado Hijo enviaron al Espíritu de amor, al Espíritu Santo para iluminarme.

Abre mi corazón y mis ojos a todas las obras maravillosas que has hecho por mí y ayúdame a crecer en generosidad para corresponderte.

Petición

Espíritu Santo, hazme dócil a todas tus inspiraciones.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn.4,19-5,4)

Nosotros amamos a Dios, porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: Quien ama a Dios, ame también a su hermano. Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a Dios que da el ser ama también al que ha nacido de él, En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor de Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no, son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe.

Salmo (Sal 71,1-2.14.15bc.17)

Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra.

Lectura del santo evangelio según San Lucas (Lc. 4,14-22a)

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.» Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.» Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Releemos el evangelio

San Cirilo de Alejandría

Sobre el evangelio de san Juan 5,2

Efusión del Espíritu Santo sobre toda carne

Cuando el Creador del universo decidió restaurar todas las cosas en Cristo, dentro del más maravilloso orden, y devolver a su anterior estado la naturaleza del hombre, prometió que, al mismo tiempo que los restantes bienes, le otorgaría también ampliamente el Espíritu Santo, ya que de otro modo no podría verse reintegrado a la pacífica y estable posesión de aquellos bienes.

Determinó, por tanto, el tiempo en que el Espíritu Santo habría de descender hasta nosotros, a saber, el del advenimiento de Cristo, y lo prometió al decir: *En aquellos días -se refiere a los del Salvador- derramaré mi Espíritu sobre toda carne.*

Y cuando el tiempo de tan gran munificencia y libertad produjo para todos al Unigénito encarnado en el mundo, como hombre nacido de mujer -de acuerdo con la divina Escritura-, Dios Padre otorgó a su vez el Espíritu, y Cristo, como primicia de la naturaleza renovada, fue el primero que lo recibió. Y esto fue lo que atestiguó Juan Bautista cuando dijo: *He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo y se posó sobre él.*

Decimos que Cristo, por su parte, recibió el Espíritu, cuanto se había hecho hombre, y en cuanto convenía que el hombre lo recibiera; y, aunque es el Hijo de Dios Padre, engendrado de su misma substancia, incluso antes de la encarnación -más aún, antes de todos los siglos-, no se da por ofendido de que el Padre le diga, después que se hizo hombre: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy.*

Palabras del Santo Padre Francisco

«En Nazaret todos esperaban a Jesús. Querían encontrarlo porque habían escuchado lo que Jesús había hecho en Cafarnaún y los milagros. Y cuando inicia la ceremonia le piden al huésped que lea el libro. Jesús lo hace y lee el libro del profeta Isaías que era un poco la profecía sobre Él y por ello concluye la lectura diciendo: Hoy se cumple esta escritura que ustedes han escuchado.

Después de una primera reacción positiva alguno movido por la polilla de la envidia comenzó a decir: “¿Dónde estudió éste? ¿No es el hijo de José? Y nosotros conocemos a toda su familia, ¿y en qué universidad estudió?”. Entonces pretendían que le hiciera un milagro:

solamente después habrían creído. Ellos querían el espectáculo, pero Jesús no era un artista. Jesús no hizo milagros en Nazaret y subrayó la poca fe de quien pedía el “espectáculo”» (*S.S. Francisco, 2 de septiembre de 2013, Misa matutina en la capilla de Santa Marta*).

Meditación

¿Cuál es la verdadera sabiduría? Es esa que proviene de la fe: es el conocimiento de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la experiencia de su amor por nosotros. Sabio no es aquel que sigue sus propios criterios o deseos, sino el que sabe poner en primer lugar el amor de Dios.

Los presentes en la sinagoga admiraban el mensaje de Jesús, pero la fe no había tocado su corazón. Nosotros, como aquellas gentes que escucharon a Jesús en la sinagoga, tenemos sed de las palabras que salen de sus labios. Esforcémonos por profundizar en las enseñanzas de Jesús estudiando el catecismo.

En estos tiempos en los que la doctrina de la Iglesia es atacada de tantos modos, los cristianos necesitamos adquirir una formación sólida en la fe, no sólo para defenderla, sino sobre todo para vivirla con toda su riqueza y profundidad. No escatimemos esfuerzos por conocer las implicaciones doctrinales y morales del Evangelio para configurar con ellas toda nuestra vida y dar testimonio de Jesucristo.

Oración final

¡Que su fama sea perpetua,
que dure tanto como el sol!
¡Que sirva de bendición a las naciones,
y todas lo proclamen dichoso! (*Sal 72,17*)

SÁBADO, 11 DE ENERO DE 2020

El sello que hemos recibido.

Oración introductoria

Gracias, Señor, por la vida que me concedes, por la oportunidad de entrar en relación contigo. Gracias por todos y cada uno de los beneficios que me concedes.

Te pido perdón por mis faltas y pecados y te pido me ayudes a serte fiel siempre, a jamás dejarte solo. Acrecienta mi fe para que crea en Ti con más fuerza. Aumenta mi confianza en Ti para que no la cifre en cosas pasajeras. Te amo, pero aumenta mi amor. Concédeme, Señor, la gracia de la oración.

Petición

Señor, creo, espero y confío en tu inmenso amor, hazme dócil a todas tus inspiraciones.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn.5,5-13)

¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los testigos: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres están de acuerdo. Si aceptamos el testimonio humano, más fuerza tiene el testimonio de Dios. Éste es el testimonio de Dios, un testimonio acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene dentro el testimonio. Quien no cree a Dios le hace mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y éste es el testimonio: Dios nos ha

dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna.

Salmo (Sal 147,12-13.14-15.19-20)

Glorifica al Señor, Jerusalén.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc. 5,12-16)

Una vez, estando Jesús en un pueblo, se presentó un hombre lleno de lepra; al ver a Jesús cayó rostro a tierra y le suplicó: «Señor, si quieres puedes limpiarme.» Y Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero, queda limpio.» Y en seguida le dejó la lepra. Jesús le recomendó que no lo dijera a nadie, y añadió: «Ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés para que les conste.» Se hablaba de él cada vez más, y acudía mucha gente a oírle y a que los curara de sus enfermedades. Pero él solía retirarse a despoblado para orar.

Releemos el evangelio

San Alfonso María de Liguori (1696-1787)

obispo y doctor de la Iglesia

1er Discurso para la Novena de Navidad

Jesús extendió la mano y lo tocó

"Cristo al entrar en el mundo dice: ' no quiero sacrificios, ni ofrendas, pero me has dado un cuerpo. Entonces dije: aquí estoy para hacer tu voluntad ' " (*He 10,5-7; Ps 40,7-9 LXX*). ¿Es verdad que para salvarnos de nuestra miseria y para conquistar nuestro amor, Dios quiso hacerse hombre? Tan cierto como que es un artículo de fe: "por

nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo a hombre" (credo)...

Sí, esto es lo que Dios hizo para que le amáramos... Es así como quiso manifestarnos el gran amor que nos tiene: "la gracia de Dios nuestro Salvador se manifestó a todos los hombres" (*Tt. 2,11*). "El hombre no me ama, parece haber dicho el Señor, porque no me ve. Voy a hacerme visible, a conversar con él, de este modo, seguramente me amará": "apareció sobre la tierra, y conversó con los hombres" (*Ba 3,38*). El amor de Dios por el hombre es inmenso, inmenso desde toda la eternidad: "con amor eterno te amé; por eso prolongué mi misericordia para contigo" (*Jr 31,3*).

Pero todavía no habíamos visto cuán grande e incomprensible era; cuando el Hijo de Dios se hizo contemplar bajo la forma de un niño acostado sobre paja en un establo, verdaderamente se manifestó: "Dios nuestro Salvador mostró su bondad y su amor para los hombres" (*Tt 3,4*). " La creación del mundo, observa san Bernardo, hizo resplandecer el poder de Dios, el gobierno del mundo, su sabiduría; pero la encarnación del Verbo hizo estallar su misericordia ante todos los que le miran"... "Despreciando a Dios, dice san Fulgencio, el hombre se había separado de él para siempre; y como el hombre ya no podía regresar a Dios, Dios se dignó venir a encontrarle sobre la tierra". Santo Agustín ya había dicho: "no podíamos ir al médico; por eso el médico tuvo la bondad de venir hasta nosotros".

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Somos conscientes de este gran don? ¡Todos somos hijos de Dios! ¿Recordamos que en el Bautismo hemos recibido el “sello” de nuestro Padre celestial y nos hemos convertido en sus hijos? Dicho de un modo sencillo: llevamos el apellido de Dios, nuestro apellido es Dios, porque somos hijos de Dios.

¡Aquí está la raíz de la vocación a la santidad! Y los santos que hoy recordamos son precisamente quienes han vivido en la gracia de su Bautismo, han conservado íntegro el «sello», comportándose como hijos de Dios, tratando de imitar a Jesús; y ahora han alcanzado la meta, porque finalmente “ven a Dios así como Él es”.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 1 de noviembre de 2015*).

Meditación

Hoy es un día especial para agradecerte el don de mi bautismo. Es un regalo que muchas veces no me detengo a considerar y, sin embargo, es una de las mayores gracias que como cristiano me has dado.

Son muchos los regalos que vienen incluidos en este don del bautismo. Me hace hijo tuyo, miembro de tu Iglesia, me limpia de mis pecados y me hace heredero del cielo. Gracias, Señor, porque por el bautismo me has hecho tu hijo. Dame la gracia de sentirme sanamente orgulloso de esta realidad. ¡Soy hijo de Dios! ¡Soy un bautizado! El bautismo es una gracia particular que me concedes y que depende de mí, en cierta medida, acrecentarla y fructificarla. El bautismo va más allá de un simple hecho. Es el inicio de una vida. Tú has querido iniciar tu vida pública con el bautismo en el Jordán. Así también mi vida, desde el bautismo, es una vida de entrega, de gracia, de lucha, de amor.

En mi bautismo, al igual que en el tuyo, el Espíritu Santo bajó del cielo e hizo de mi alma una morada. Soy templo vivo del Espíritu Santo. Ello me debe llevar en este día, Señor, a meditar en qué tanto escucho y dejo actuar el Espíritu Santo en mi vida. Dame la gracia, Señor, de ser siempre dócil a tu voz que me guía y busca sin descanso lo mejor para mi vida.

Oración final

¡Celebra a Yahvé, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!,
que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice en tu interior a tus hijos. *(Sal 147,12-13)*